

¿Se peleó en Covadonga?

No es lícito dudar de la autenticidad de la victoria cristiana de Covadonga, ni lo es rechazar por fabulosos los nombres de las figuras principales que en ella intervinieron. Con sus comentarios irrespetuosos y excesivamente liberales de las fuentes, o con su demolidor hipercriticismo, sañudo y cruel, la erudición de fines del siglo XIX y de principios del XX se ha complacido en enredar la madeja de los testimonios históricos que aluden al suceso inicial de nuestra Reconquista. Y lo han logrado con tal éxito que hoy es empresa más difícil sacar el hilo del ovillo.

Es Alfonso III el único que localiza la batalla de Covadonga. Su noticia ha sido discutida por inverosímil. Y no sólo por el muy celoso crudito gijonés Somoza, creyente en la virginidad de Asturias frente a los musulmanes. También la ha puesto en tela de juicio el muy informado estudioso francés Barrau-Dihigo. Los dos emplean como «maza de Fraga» contra la posibilidad de que el choque tuviera lugar al pie del Auseva el asombro de Ambrosio de Morales al visitar el supuesto teatro de la lucha, en 1572. El cronista de Felipe II atribuyó a la misericordia de Dios la entrada del ejército islamita en aquellas asperezas. Pero sus exégetas de ayer no advirtieron o no quisieron advertir que Morales partía de una aceptación lisa y llana del texto de la crónica. Creía que habían llegado a Covadonga casi dos centenares de miles de hombres; y, claro está, sólo podía explicarse tan tremendo error estratégico por obra milagrosa del Señor. Pero en ver-

dad se nos plantea el siguiente dilema: o la hueste de Alkama se compuso de ciento ochenta y siete mil musulmanes y en tal caso la batalla no se dio en el estrecho valle donde el cronista quiere; o la lucha tuvo lugar en Covadonga y por tanto fueron mucho más reducidas las huestes islamitas.

Somoza y Barrau-Dihigo arguyen así: La crónica del rey o del obispo dice que el caudillo muslim mandaba tantos soldados, ese número de hombres no cabe en Covadonga, luego la batalla no se dio allí y es pura invención de la fantasía del escriba cristiano. Pero más conforme a las reglas de la lógica es argüir de otra manera. El rey consigna de ordinario hechos exactos, no hay motivos para creer que hiciese una excepción al referir un suceso de tamaña importancia histórica y que eligiese a capricho el teatro de la lucha, luego el hecho tuvo lugar en Covadonga, pero no intervinieron en él ciento ochenta y siete mil musulmanes.

Han sido frecuentes hasta ayer mismo las hipérboles sobre las fuerzas enemigas derrotadas y sobre el número de víctimas perdidas por el adversario en el combate. Lo han sido hasta en estos días en que los pueblos enfrentados han podido informar al mundo sincrónicamente y casi con la velocidad del pensamiento. ¿Cómo asombrarnos de que el Rey Cronista o el autor a quien seguía abultaran hasta lo increíble las cifras de los musulmanes vencidos por Pelayo? Otro tanto habían hecho los autores islamitas al registrar las huestes de Rodrigo derrotadas en el Guadalete. Ni el último rey godo pudo reunir en 711 noventa mil jinetes; ni había en toda España, claro está, en 722, ciento ochenta y siete mil muslimes. Aunque todo buen narrador de viajes jamás deje de colorear su relato con observaciones peregrinas, es dudoso que Ambrosio de Morales se hubiese asombrado en Covadonga si hubiera partido del supuesto de que sólo llegaron allí algunos cientos o algunos miles de hombres.

¿Por qué y para qué el cronista cristiano habría localizado al pie del Auseva, por capricho y con falsía, el teatro de

la lucha? La tradición astur no podía haber olvidado en el transcurso de unas generaciones el lugar en que, después de muchos desastres, el pueblo cristiano había vencido por primera vez al sarraceno. No es lícito rechazar por meras conjeturas la autenticidad de noticias así respaldadas.

Sólo podríamos negar valor a la localización del encuentro en Covadonga si fuentes dignas de crédito contradijeran al Rey Magno. Los cronistas musulmanes ofrecen en cambio detalles topográficos del escenario en que se enfrentaron islamitas y cristianos acordes o a lo menos no en desacuerdo con los registrados por Alfonso III. Ibn Ḥayyān habla de la sierra en que se habían guarecido Pelayo y sus hombres; 'Isā al-Rāzī, de la roca en que se habían refugiado los cristianos; y los dos, de las hendiduras de la peña. La sierra, la peña, la cueva... parecen aludir a Covadonga.

Pese a los hipercríticos de nuestros días podemos pues admitir que islamitas y cristianos lucharon en las asperezas de Covadonga y hasta podemos explicarnos por qué combatieron en ellas... ¿Asperezas? Sí; no cabe negar que el valle donde pelearon Alkama y Pelayo es estrecho y cerrado; pero está muy lejos de ser inaccesible. Le separan once kilómetros de la vega abierta y riente de Cangas de Onís y sólo un desnivel de 96 metros. La subida es ínfima y el lugar de la batalla, según confiesa Ambrosio de Morales en frase que de acuerdo callan Barrau Dihigo y Somoza, ancho si se le compara con otras muchas gargantas asturianas. Cualquiera que hubiese sido el puerto elegido por los islamitas para entrar en Asturias, habrían tenido que cruzar muy cerrados y difíciles pasos antes de llegar a Covadonga. La ruta de Cangas a la Riera hubo de parecer fácil y llana a tropas acostumbradas a las sierras y escobios de la región asturiana.

Si se admite que los árabes entraron a Asturias en los días de Alfonso II, y su repetida invasión está probada por el testimonio concordante de cristianos e islamitas, no hay ra-

zón para declarar imposible que siguiesen el curso del Sella hasta Cangas de Onís y después el valle hasta la Riera y Covadonga. Los valles de Ricabo y de Quirós y los mismos caminos del Aramo por donde hubieron de pasar en 795, por ejemplo, son a veces más hondos, peligrosos, estrechos y cerrados que los que ahora nos ocupan.

¡Cuántos pasos más difíciles han sido cruzados por ejércitos verdaderamente dignos de tal nombre en el transcurso de la historia! ¡A qué citar ejemplos! Que el lugar era abrupto, que el terreno se cerraba en Covadonga y empezaba la sierra, que ningún caudillo pudo por tanto atreverse a llegar hasta allí... Conjeturas sin fundamento y vanas palabras. Si no hubiese habido malos generales no se habrían perdido multitud de batallas. En la historia, los hechos no han sucedido como debieron suceder, como los hombres de hoy pretenden que tuvieron lugar, sino como a los hombres de cada época les fue posible realizarlos, forzados muchas veces por complicadas circunstancias. ¡Cuántos capitanes se han dejado arrastrar a emboscadas de las que no volvieron! ¡Cuántos caudillos, fiados en sus fuerzas y engañados por los naturales del país, se han adentrado, contra toda prudencia, en desfiladeros estrechísimos o en pasos peligrosos, en los que perdieron vida y honra! Los musulmanes llevaban sólo diez años en España, desconocían el terreno, caminaban en medio de la hostilidad de los habitantes de la región y hallaron ante ellos un valle no más cerrado que otros varios de Asturias. ¿Puede sorprendernos que se lanzaran a seguirle? Los bereberes de la hueste de Alkama no procedían de tierras llanas y abiertas, sino de los riscos del actual Marruecos y estaban acostumbrados a vivir y a pelear entre montañas. A un viajero de hoy, ayuno de cultura geográfica e histórica y acostumbrado a una España talada por multitud de generaciones durante muchos siglos y a caminos fáciles y cómodos, podrá parecer absurda la entrada de un cuerpo de tropas hasta el pie del Auseva, pero ¡qué distinta sería la península en el siglo VIII y qué diferentes aquellos hombres de nosotros!

Fui a Covadonga con un prejuicio negativo. He vuelto en muchas ocasiones. He recorrido despacio mucha parte de Asturias. Y siempre he regresado pensando que los hipercríticos de hoy han exagerado las dificultades del acceso, tanto por lo menos como el Rey Cronista el número de muertes y la importancia del combate. La batalla pudo y debió darse en Covadonga.

Las fuentes árabes declaran acordes que la campaña de castigo comenzó con éxito y que Asturias fue domada y que Pelayo y los rebeldes fueron empujados hasta las anfractuosidades de la sierra. Y la crónica real confirma la verdad de tales testimonios al fijar en Covadonga el teatro de la lucha. Porque Covadonga está en el límite extremo de la tierra asturiana, al pie del formidable macizo de los Picos de Europa. Sólo pudo pelear allí una hueste acorralada que antes no había podido resistir con ventaja al enemigo. Cualquier tropa cristiana que hubiese logrado detener en cualquier parte a los musulimes, no se habría acogido a las asperezas del Auseva. Esa persecución victoriosa de los astures sublevados por los musulmanes invasores explica, además, por qué se peleó en la garganta de Covadonga. Si la adversa suerte de las armas empujó a Pelayo hasta tan abrupto y cerrado lugar, los triunfos iniciales de las fuerzas islámicas y la retirada de los rebeldes asturianos ante ellos debieron de hacerle concebir la esperanza de que al cabo se darían a capítulo. Cabe sospechar que creyeron la rendición segura. La oferta de paz que Pelayo recibió de labios de Oppas inclina a creerlo. Si Alkama hubiese llegado a Covadonga decidido a la batalla tal oferta no habría tenido lugar. El Rey Cronista al referir que fueron brindadas favorables condiciones de capitulación al antiguo espartario de Rodrigo y que sólo después de su rechazo empezó la pelea, descubre la confianza esperanzada de los jefes islámicos en la sumisión de los cristianos.

No se habría combatido en Covadonga sin el acoso previo de las fuerzas cristianas y sin la fe de las huestes musulmanas

en que no sería preciso pelear. Pero Pelayo había elegido bien el lugar para poder resistir al enemigo y éste hubo de luchar en condiciones harto desventajosas.

Es ingenuo todo intento de fijar cifras aproximadas de las tropas islamitas y de los montañeses sublevados. Es seguro que la hueste de Alkama no sería tan numerosa como quiere el rey cronista, pero sí muy superior a las fuerzas de Pelayo. Ello resulta evidente de las exageraciones contradictorias de los cronistas astures y de los historiadores musulmanes. Frente a los 187.000 hombres en que cifra la crónica regia el ejército islámico, *‘Isā al-Rāzī* y el *Ajbār Maʿmū’a* reducen a 300 el número de los rebeldes asturianos. Si en 722 no había en la Península aún 187.000 muslines, por la rebelión de 300 montañeses no habría *ʿAnbasa* enviado un ejército hasta Asturias. El llamado Albeldense y el Rey Magno y como ellos *‘Isā al-Rāzī* e *Ibn Ḥayyān* hablan además de que Pelayo había logrado sublevar a los astures, y es por tanto seguro que dispondría de mucho mayor número de hombres.

Mienten a porfía los textos latinos y arábigos; el rey cronista para exaltar el triunfo de que había nacido el reino de Asturias; *‘Isā al-Rāzī* e *Ibn Ḥayyān* para explicar, por el desprecio que merecieron las reducidas fuerzas cristianas a los caudillos islamitas, el hecho, que no podían ocultar, de que no hubieran sido sometidas. Las eternas mentiras de los partes oficiales de todas las guerras y de la literatura política de todos los tiempos.

Cristianos y musulimes desfiguraron después la realidad del choque. ¿Desfiguraron? Sí, porque detrás de sus contradictorios relatos puede el escalpelo de la crítica histórica descubrir la verdad. Después de los éxitos iniciales de la represión —no quedó alquería ni pueblo en Asturias que no fuese conquistado excepto la sierra donde se había refugiado Pelayo, escriben los cronistas cordobeses— se intentó reducir por hambre a los rebeldes —los hombres de Pelayo sólo podían alimentarse de miel, declaran *‘Isā al-Rāzī* e *Ibn Ḥayyān*. Des-

contada la obligada hipérbole partidista de los historiadores islamitas, no podemos oponer una tajante negativa a lo esencial de tales asertos. No están contradichos por la crónica regia; aunque, naturalmente, los silencia. Como silencian la derrota final de los musulimes, por ella referida, todos los autores musulmanes. Si, al localizar en Covadonga la batalla, el rey cronista confesaba las previas victorias enemigas y hacía verosímil el lógico intento de reducir por hambre a los hombres de Pelayo, al reconocer que éste permaneció insu-miso, los historiadores andaluces confiesan el desastre sarraceno —‘Isā al-Rāzī llega a reconocer que los musulimes se hallaron en situación difícil.

No, no cabe dudar de la realidad de la batalla. ¿Batalla? Choque, encuentro, combate, nadie podrá calificar con precisión el hecho de armas. Y si se luchó en Covadonga no pudo pelearse sino como refiere la crónica alfonsina. Vencido hasta entonces y obligado a refugiarse en aquel apartado y abrupto paraje, era lógico que Pelayo se estableciera en la Cueva de Nuestra Señora, abierta en la roca y absolutamente inaccesible. Pero no puede afirmarse que no hubiese astures rebeldes sino en ella. Era la cueva el accidente geográfico más importante del valle donde se combatió, pero debió de haber otras fuerzas cristianas en lo alto de los cerros vecinos cubiertos de maleza. El cronista empieza su relato diciendo: «Pelayo estaba en el Monte Auseva con su gente» —en el monte, no en la cueva—; y el arzobispo don Rodrigo habla de que las fuerzas cristianas estaban ocultas en los montes. Si los hombres de Pelayo no hubieran estado apostados en el cueto y en los cerros no habría podido darse la batalla.

No hay motivo para dudar de que Alkama mandase la hueste musulmana pues lo afirman acordes Alfonso III y el llamado Albeldense y es natural que la tradición cristiana conservase el nombre del caudillo vencido en Covadonga. La *Continuatio Hispana* o *Crónica Mozárabe del 754* dice que el emir ‘Anbasa no acostumbraba a dirigir personalmente las

campañas y que solía encomendar el mando de las expediciones a caudillos que el cronista llama sátrapas. No sorprende por tanto que no marchara el mismo emir al frente de la hueste encargada de someter Asturias y nada se opone en consecuencia a que fuese en efecto Alkama el *sátrapa* de turno.

¿Fue Oppas con Alkama? El Albeldense y Alfonso III le hacen asistir a la batalla. Ignoramos si dicen verdad o no al afirmarlo, pero realmente no hay razones suficientes para rechazar el testimonio de ambas crónicas. Ibn al-Qūṭiyya, descendiente de Sara «la goda» nieta de Vitiza, en las primeras páginas de su historia hispano-musulmana refiere que murió en el norte uno de los familiares del citado monarca visigodo. Llama a tal persona Abbas, pero por la ausencia de *o* y de *p* en el alfabeto árabe es muy probable que Ibn al-Qūṭiyya aluda a Oppas. El testimonio del «Nieto de la goda» vendrá así a sumarse al de las crónicas cristianas y a confirmar que quien ofreció la paz al caudillo rebelde fue, no un hijo como afirma Alfonso III con error, sino un hermano de Vitiza.

Barrau-Dihigo apunta la sospecha de que el cronista escribe con la idea de presentar derrotados en Covadonga a varios de los causantes de la pérdida de España. A ese prejuicio o propósito atribuye la circunstancia de que la crónica diga de Alkama que invadió la Península en compañía de Tāriq; de Munuza, el valí de Asturias, que fue uno de los cuatro generales que mandaron el ejército conquistador de España; y de Oppas, que fue hijo de Vitiza y que por su engaño perecieron los godos. Es posible que acierte Barrau-Dihigo y que se trate de un amaño del cronista o de una fantasía de la tradición, pero también puede haber un fondo de verdad en estas palabras del cronicón de Alfonso III. El texto primitivo del mismo asigna a Oppas el papel de traidor pero se limita a llamar a Munuza *compar Tarech* y a Alkama *socium* del citado caudillo musulmán al que otorga el título de rey. Me parece entrever detrás de estas palabras de la crónica real el recuerdo, desfigurado por la tradición y por el cronista, de

dos hechos: 1.º Que Munuza y Alkama eran bereberes como Tāriq y que habían entrado con él en España; de aquí que se diga de ellos que eran compañeros del vencedor de Don Rodrigo. 2.º Que se intentó negociar la sumisión de los rebeldes y que para lograrla se hizo ir en la hueste a alguno de los cristianos sometidos. La circunstancia de que la antigua provincia de Galicia se poblase de bereberes musulmanes hace verosímil que el gobernador de ellos fuera también un berberisco y no es difícil suponer que Alkama fuese asimismo de origen africano. Esto explicaría los calificativos con que Alfonso III los designa en su obra. Quizás el refundidor de ésta, llevado de sus habituales prejuicios políticos, alterase el texto primitivo con los propósitos que Barrau-Dihigo señala, acaso con acierto.

No es posible admitir como exacto el diálogo que según el Rey Magno mantuvieron el obispo traidor y el caudillo rebelde. El regio cronista da en él plasticidad al recuerdo de las negociaciones entabladas para la rendición de Pelayo y de los suyos por un vocero de la hueste islamita. Estos diálogos han sido además frecuentes en las luchas entre moros y cristianos. En nuestras campañas africanas de hace algunas décadas se cruzaban denuestos y amenazas entre los enemigos en los momentos del combate y las historias árabes y latinas de nuestro medioevo recogen también las frases cruzadas de ejército a ejército antes de la batalla; diálogos cuya veracidad parece segura y que no restarían autenticidad a las noticias del encuentro aunque el historiador los hubiera adornado a su capricho. Bastarán dos ejemplos. En el *Ajbār Maʿmū'a* se lee que cuando Al-Marwanī, valí de Sevilla, enfrentó a Yūsuf al-Fihri, alzado contra ʿAbd al-Rahmān I, un berberisco del ejército del antiguo emir de Al-Andalus comenzó a dar voces desafiando a algún enemigo a singular combate. Y en la «*Chronica Adefonsi Imperatoris*» se refiere que el sultán almorávide preguntó a la milicia de Salamanca antes de acometerla: «¿Quién es vuestro caudillo?» y escuchó esta magnífica respuesta: «Aquí todos somos caudillos de nuestras cabezas.»

Del supuesto diálogo entre Oppas y Pelayo podemos deducir al menos que se ofreció al caudillo rebelde el disfrute de sus tierras, condición que había sido fundamental en los acuerdos de los jefes y ciudades que se sometieron a los conquistadores musulmanes. Sirvan de ejemplo: la capitulación de Mérida ante Mūsā y el pacto firmado por Teodomiro con Abd al-Azīz.

Ante el rechazo de la oferta de paz comenzó la batalla, combate, choque, pelea, como quiera llamársela. Al referirla, el cronista acude a lo maravilloso para explicar el triunfo. Escribió a lo que creo en los días de Alfonso II —aludo al autor en cuya obra se inspiró el rey Alfonso el Magno. La situación del reino de Oviedo era por aquellos días angustiosa. Sólo el auxilio divino podía salvar a los cristianos. Probablemente se inició entonces el culto jacobeo para galvanizar la resistencia. Y el escriba quiso tal vez contribuir al mismo intento, atribuyendo a obra milagrosa el triunfo pelagiano.

Las flechas y piedras que los islamitas arrojaban contra la roca de Pelayo, por intercesión divina herían a los mismos que las disparaban con sus arcos; ante el estrago producido por merced celestial en las filas enemigas, los cristianos salieron de la cueva, cortaron en dos la hueste musulmana, mataron a Alkama y apresaron a Oppas.

Buceando a través de tal relato se advierte sin dificultad lo sucedido. Sólo con armas arrojadas pudo atacarse a los refugiados en la gruta y, empleándolas, hubo de empezar el ataque. El cronista para dar mayor importancia a la victoria, añadió, tal vez por su cuenta, el uso de máquinas de guerra, si es que debe traducirse así la palabra *fundibulos*. Dado el lugar en que los asaltantes se encontraban, algunas de las flechas y de las piedras pudieron rebotar en las rocas y caer sobre los mismos musulmanes, si no estaban distantes de la cueva. No era necesario el auxilio divino para este esporádico, sencillo y natural fenómeno de reflexión. Pero el escriba lo recogió ampliando hiperbólicamente sus efectos mortíferos

y la tradición del pueblo astur vio detrás de él la mano de la Providencia.

La muerte de Alkama y la prisión de Oppas, que confirma el llamado Albeldense, son completamente verosímiles y no hay inconvenientes en admitirlas. Cuanto se diga en contrario no puede tener otro valor que el de las otras muchas conjeturas hipercríticas que algunos eruditos han tejido en torno a la batalla. La tradición cristiana pudo y debió guardar el recuerdo de que murió en la lucha el caudillo enemigo y de que fue apresado el obispo traidor que intentó convencer al rey Pelayo y a sus hombres para que se avinieran a la paz; fueron ellos al cabo los hechos de más bulto del combate. He dicho antes que no hay razón de peso para negar que fuese el mismo Oppas el cautivo al pie del monte Auseva y que incluso abona tal suceso Ibn al-Qūṭiyya, descendiente de Vitiza. En cuanto a Alkama se ha pretendido identificarlo con Al-Samah, valí de Al-Andalus, muerto delante de Tolosa en 721. No hay prueba, ni siquiera indicio, que permita dar apariencia de verosimilitud a semejante hipótesis. No tiene en realidad más fundamento que el empeño de negar la autenticidad del pasaje de la crónica real sugiriendo posibles contradicciones con otros testimonios de origen musulmán. Alkama y Al-Samah son dos personajes diferentes. Desafío a los críticos incrédulos a que presenten un solo texto, un solo argumento serio en prueba de la supuesta identificación de ambos caudillos. Tres décadas después de Covadonga intervino en la vida pública de la España islamita un Tamman ben Alkama que pudo ser hijo del vencido por Pelayo. La historia de los comienzos de la Reconquista se ha hecho por muchos, más que con el propósito de encontrar la verdad, con el de enmarañar los testimonios de las fuentes y de crear dificultades, amaños y leyendas donde no los había.

En Covadonga, los hechos no pudieron ocurrir más que como los describe el rey cronista. A quien lea el pasaje de la crónica real al pie de la cueva y recorra después el país, será

forzoso reconocer que la batalla debió de darse como Alfonso III la refiere. La hueste musulmana no pudo entrar toda en contacto con las fuerzas cristianas guarecidas en la gruta y en sus alrededores. Aunque no fueran sino unos pocos miles, los musulimes no pudieron desplegarse en orden de batalla por el estrecho valle, y sin remedio —recuérdese lo ocurrido en algunos de los combates del otoño de 1922 en tierras de Melilla— tuvieron que permanecer en gran parte inactivos a lo largo de la garganta que para su mal habían penetrado. En estas condiciones no pudo ser difícil a los montañeses bajar de lo alto de los cerros, cortar la línea musulmana, y dividir en dos el cuerpo de tropas mandado por Alkama, como la crónica refiere que ocurrió.

Cortada la hueste, muerto el caudillo y prisionero Oppas, es natural que los islamitas se dieran a la fuga. La retaguardia podía retirarse rumbo a Cangas, pero es muy probable que también en ella cundiera el pánico después de la derrota y que los cristianos hicieran en sus filas gran matanza.¹

CLAUDIO SANCHEZ ALBORNOZ

(1) Reservo para mi «Historia política del reino de Asturias», que editará la Diputación de Oviedo, la apoyatura erudita, geográfica e histórica de estas páginas.